

El tiempo con otras: mujeres encarceladas y mujeres buscadoras en el México contemporáneo

Time with Others: Incarcerated Women and Women Searchers in Contemporary Mexico

RÍAN LOZANO¹

Resumen

En este texto presento dos escenarios protagonizados por mujeres cuyos tiempos poco tienen que ver con los tiempos de la academia: esos a los que no llegamos, esos que, cada vez más, se nos quedan cortos. Se tratan de mujeres ubicadas en el contexto mexicano actual, cuyas vidas han sido atrapadas, de maneras diferentes, por las reglas implacables de la invisibilización y la falta: mujeres presas y buscadoras de personas desaparecidas. Propongo pensar, con ellas, en el tiempo; o más bien darnos el tiempo, con ellas, de pensar qué estamos haciendo, desde los feminismos, desde la academia, desde los activismos artísticos. Sostengo que analizar sus modos de hacer puede proporcionarnos herramientas a nosotras (las académicas) para acercarnos a procesos que desconocíamos y, sobre todo, para intentar desaprender, *deshacer* y dejar de hacer algunas cosas que tenemos acriticamente incorporadas. Con ello, quiero dar cuenta de cómo el uso del tiempo y las posibilidades de reconectar con la alegría y el deseo y hacerlo en colectivo, es una enseñanza capital: un *deshacer* que es, también, es un dejar de hacer algunas cosas para ocuparnos de otras y para ocuparnos “con otras”.

Palabras clave: tiempo, feminismo, mujeres presas, mujeres buscadoras, prácticas artísticas.

Abstract

This article presents two scenarios featured by women whose lives have little to do with the timescales of academia. These are women situated within the current Mexican context, whose lives have been

¹ Investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM. rian.lozano@gmail.com. ORCID <https://orcid.org/0000-0001-5057-8255>

trapped, in different ways, by the implacable rules of invisibility and absence: women imprisoned and women searching for their disappeared. I propose to reflect, with them, on time; or rather, to take the time, with them, to consider what we are doing, from feminist perspectives, from academia, from artistic activism. I maintain that by analyzing their methods we (academics) can reach tools to approach processes we were previously unaware of and, above all, to try to unlearn, undo, and stop doing some things we have uncritically incorporated in our works and life. By doing so, I want to show how the use of time and the possibilities of reconnecting with joy and desire, and doing so collectively, is a key lesson: an undoing that is also a claim to stop doing some things in order to take care of others and to take care “with others”.

Keywords: time, feminism, women prisoners, women searchers (*buscadoras*), artistic practices.

El origen de este texto fue una propuesta de comunicación para participar en el congreso de LASA-2025: “Poner el cuerpo en Latinx América”, celebrado en mayo de 2025 en San Francisco. Cuando envié el resumen explicaba, en la primera línea, que llegaba al límite, rozando el *deadline*. Hoy acabo este texto también fuera de tiempo; exhausta, aprovechando una prórroga generosa.

El retraso en la entrega de productos de nuestro trabajo académico, en este contexto de productividad desbordada no es, en absoluto, una cuestión extraordinaria. La cantidad de horas dedicadas a cumplir trámites administrativos y la carrera por publicar más y más, por acumular cada vez más méritos, ha hecho que la entrega en tiempo, a tiempo, empiece a ser, en muchas ocasiones, un espejismo. En todo caso, esto no sería un dato relevante para mí, en este momento, si no estuviera acompañado de esa especie de nube gris, cargada de cansancio, de angustia y de ansiedad que, cada vez más, protagoniza las conversaciones en los pasillos en nuestras universidades. Lo que me inquieta de nuestros retrasos es que están directamente vinculados a un desasosiego que va creciendo y que nos lleva a preguntarnos por qué estamos tan cansadas, a veces tan agobiadas. ¿Por qué no llegamos a tiempo? ¿A tiempo de qué? ¿El tiempo de quién?

En su último libro, *El informe. Trabajo intelectual y tristeza burocrática*, la filósofa española Remedios Zafra, en uno de los últimos apartados (titulado “El sentido de recuperar la vida”) describe el regreso a casa después de impartir una conferencia en “algún lugar del norte”:

En el andén de una estación de tren, en el norte, de regreso a casa. Los ojos se me cerraban después de tres horas de espera [...] Me enfadaba conmigo misma por aceptar estos horarios inflexibles de viaje que me obligaban a reservar dos días para un trabajo de tres horas. Sentía el cuerpo demasiado desacompañado, incapaz de no dolerse y que difícilmente se concentraba en las tareas pendientes. Lo que me esperaba en el tren eran mensajes por contestar y, en casa, logística para un congreso.

Y me decía “necesitamos otro pacto con el tiempo”. Porque detengámonos un instante y contemplemos nuestra vida. ¿Es mi vida lo que hilvano entre viajes y trabajo? Quiero decir, ¿lo que resta? [...] Le juro que yo quisiera verla resplandecer cada vez que está sentada o de pie en ese andén o en una calle, pero nadie puede exigir a un cuerpo exhausto que viva cuando dedica su energía a no sucumbir (Zafra 2024: 173).

Aunque, como a Zafra, me interesa pensar en lo que les pasa a nuestros cuerpos, los cuerpos de “las trabajadoras sentadas”, en un mundo en el que la mayor parte del tiempo trabajamos, y aunque, como ella, estoy convencida de que necesitamos replantearnos qué trabajos tienen sentido, o cómo nos acercarnos a “trabajos con sentido” (Zafra 2024: 174-177), también considero que *salirnos de nosotras mismas* sigue siendo una buena opción.

El análisis del tiempo es un tema ampliamente estudiado desde diferentes perspectivas latinoamericanistas. El desarrollo temporal moderno occidental, el modo de narrarlo, de graficarlo, ha sido cuestionado y expandido desde los saberes indígenas. En la cosmovisión andina, como en la mapuche, el pasado está delante, el futuro detrás. Los estudios de la memoria, por su parte, en su intersección con los conocimientos negros y los saberes ancestrales, también han demostrado que el tiempo puede ser circular, más cercano a la espiral que la línea recta².

Sin dejar de reconocer la enorme huella que estos acercamientos y saberes han tenido en las últimas décadas en el desarrollo del pensamiento producido desde América Latina, en este texto quiero presentar dos escenarios atravesados por la voracidad del temporizador occidental. Aun así, están protagonizados por mujeres cuyos tiempos, en principio, poco tienen que ver con los *nuestros* —los de las trabajadoras universitarias agotadas—. Se tratan de personas cuyas vidas han sido atrapadas, de maneras diferentes, por las reglas implacables de la invisibilización y la desaparición: mujeres encarceladas y buscadoras de personas desaparecidas. Propongo pensar, con ellas, en el tiempo; o más bien darnos el tiempo, con ellas, de pensar qué estamos haciendo, desde los feminismos, desde la academia, desde los activismos artísticos. Para ello, el texto que sigue toma la forma de un ensayo que, de algún modo, busca escapar de la tiranía y la rigidez de la escritura académica cuyos tiempos y apartados —marcados por las propuestas metodológicas, encuadrados por los marcos teóricos— dejan siempre fuera (por falta de tiempo, por escasez de espacio) las vivencias de procesos que también son fuentes generadoras de conocimiento. El tipo de escritura que llena las páginas siguientes está basado en los aprendizajes derivados de la epistemología feminista (Blázquez, Flores y Ríos 2010; Falconí Abad 2022): un tipo de acercamiento que desafía las formas hegemónicas de acceso al conocimiento y que prioriza, en cambio, el papel del cuerpo y la experiencia (de la experiencia derivada de los cuerpos en contacto) como lugar de generación de conocimiento y resistencia.

La tristeza y el tiempo, también el cansancio y el retraso de todos los procesos, son elementos que, en diferentes combinaciones y de maneras muy radicales, están presentes en los encierros; también, desde luego, en las búsquedas de personas desaparecidas. Pero tras acompañar o haber sido testigo³,

² El estudio del tiempo es un campo ampliamente analizado desde disciplinas tan diversas como los estudios mesoamericanos, los estudios latinoamericanos o las perspectivas críticas descoloniales, por citar solo algunos acercamientos. Su complejidad desborda los intereses de este ensayo; para un acercamiento detallado e iluminador a estas cuestiones, véase: Csaki 2016: 51-57; Rivera Cusicanqui 2018; Valencia 2002: 1-29.

³ Este texto se basa en los análisis y conocimientos derivados, en primer lugar, del trabajo realizado durante más de doce años como miembro de Mujeres en Espiral: un proyecto en el que investigadoras y estudiantes de la UNAM trabajamos con mujeres presas en la cárcel femenil de Santa Martha Acatitla; en la Ciudad de México. En segundo lugar, este ensayo recoge también la experiencia de acompañamiento a colectivas de personas (específicamente madres) buscadoras de desaparecidos. En este caso, mi acercamiento es más reciente. Se remonta al contacto, en los últimos dos años, con algunos miembros de “Una Luz en el Camino”: una de las colectivas más grandes de buscadoras establecidas en la

durante varios años, del trabajo realizado por mujeres presas y buscadoras, sostengo que analizar sus modos de hacer puede proporcionarnos herramientas a nosotras (las académicas) para acercarnos a procesos que desconocíamos y, sobre todo, para intentar desaprender, deshacer y dejar de hacer algunas cosas que tenemos feroz y acriticamente incorporadas. Con ello, me gustaría dar cuenta de cómo el uso del tiempo y las posibilidades de reconectar con la alegría, el deseo y el gozo, y hacerlo en colectivo, es una enseñanza capital: un *deshacer* que es, quizá también, un dejar de hacer algunas cosas para ocuparnos de otras y para ocuparnos *con otras*.

1. La Cárcel

Durante más de quince años, desde el proyecto Mujeres en Espiral, algunas mujeres presas, investigadoras, estudiantes y profesoras, hemos trabajado conectando el patio de visitas de la cárcel femenil de Santa Martha Acatitla, y las aulas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Mujeres en Espiral es un proyecto que transita entre el encierro y la calle, entre la palapa⁴ de una cárcel femenil de la Ciudad de México y las aulas de una de las universidades más grandes y potentes de América Latina; es un proyecto frontera que deambula entre prácticas jurídicas, pedagógicas y artísticas.

La palabra espiral, en el título del proyecto, significa el acto de descender, de estar y permanecer con las mujeres en reclusión, de contar y narrar “desde abajo”, desde el encierro, pero también del ascenso a las instituciones, al pensamiento teórico y crítico y a la justicia (Belausteguigoitia y Giacomello 2022: 15).

Desde el 2008 y hasta las restricciones generadas por la pandemia de COVID 19⁵, un grupo variable conformado por mujeres presas, estudiantes, profesoras e investigadoras de la UNAM, artistas y abogadas, nos reuníamos cada lunes a la sombra de una palapa en la Sala Chica⁶ del penal. Santa Martha Acatitla es un centro femenil de reinserción social (CEFERESO) situado en Iztapalapa: la delegación más grande (ocupa unos 120 kilómetros cuadrados) y la más poblada (1,830.000 habitantes⁷) de la Ciudad de México. También es una de las delegaciones más pobres. Desde el 2008

Ciudad de México. Con ellas hemos realizado diversas jornadas de estudio en las aulas de diferentes universidades públicas del país; con ellas, también, hemos participado en distintas ediciones de las Brigadas Regionales de Búsqueda de Personas Desaparecidas en el Ajusco (en la zona sur de la Ciudad de México).

⁴ Las palapas son un tipo de estructura circular, con tejado de palma, habitual en zonas calurosas como la costa del Pacífico. En Santa Marta, en los dos patios de visitas, hay varias estructuras hechas de concreto con esta misma forma, a las que también se les denominan palapas.

⁵ En marzo del 2020, a causa de la emergencia sanitaria producida por COVID-19, fueron canceladas las entradas de grupos de trabajo externos al penal. Desde entonces no hemos reiniciado las visitas periódicas. El trabajo derivó, en cambio, a la conformación de proyectos desde el exterior, con algunas compañeras excarceladas en el periodo.

⁶ Este es el nombre con el que se conoce, dentro de Santa Martha, a uno de los patios donde las presas pueden pasar las horas del día en las que no están desempeñando algún trabajo o encerradas en las celdas. También es el patio en el que las internas reciben las visitas de sus familiares, y el espacio donde tienen lugar algunos de los talleres culturales que realizan.

⁷ Datos obtenidos del último Censo de Población y Vivienda levantados en 2020 por Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI): <https://www.inegi.org.mx/app/cpv/2020/resultadosrapidos/default.html?texto=iztapalapa>

la UNAM, a través del proyecto Mujeres en Espiral, ha intervenido en este lugar mediante prácticas que intersectan lo jurídico (la defensa legal de las mujeres presas), lo artístico (mediante la producción de diferentes objetos y relatos) y lo pedagógico (a través de programas de formación).⁸ El objetivo fundamental es la búsqueda y promoción de cambios sustantivos en el sistema jurídico y penitenciario mexicano para, con ello, asegurar un acceso *más justo* de las mujeres a la justicia. Partimos de una hipótesis que hemos ido comprobando a lo largo de todos estos años: el trabajo con el arte, o desde el arte, es un terreno privilegiado para producir otras formas de relación y también otros modos de acceso a la justicia. Es por ello que, a lo largo de estos años, hemos combinado la pintura mural con la realización de *amicus curiae*; la producción de fanzines con la elaboración de recomendaciones jurídicas dirigidas a órganos del poder judicial, penitenciario y a organizaciones por la defensa de los derechos humanos; las realizaciones de cortos audiovisuales con el seguimiento jurídico de casos específicos de condenas que no atendieron la reclamada perspectiva de género.⁹

1.1 Hacer cárcel: el peso del tiempo

Las cárceles están repletas de cuerpos cansados y tristes¹⁰ que luchan contra el tiempo, tratando de impulsarlo, de acelerarlo, de apremiarlo, de quitárselo del medio.

No es casual que el segundo de los murales realizados desde el proyecto, el que inundó de color el caracol de la sala chica, ubicado al lado de la palapa donde el grupo se reunía cada lunes, se llenara de pequeños relojes de arena. Pero estos, en lugar de contener partículas desagregadas, acogían historias de vida: a veces recuerdos anhelados, resguardados como tesoros frente al olvido que acecha por el paso de los días; otras veces experiencias dolorosas de las que desapegarse, confiando en la caída por la misma gravedad que desplaza los granos de arena.

⁸ El proyecto está conformado por tres áreas que trabajan a través de un modelo interdisciplinar: 1- El área jurídica está encabezada por la “Clínica Justicia y Género Marisela Escobedo”, 2- El área de investigación, 3- El área artístico-pedagógica. Para un análisis detallado del trabajo véase: Belausteguigoitia y Giacomello 2022.

⁹ En julio de 2021, gracias al trabajo realizado por la práctica litigante de la Clínica de Justicia y Género Marisela Escobedo, y el apoyo de las áreas artístico y pedagógica del proyecto, el Séptimo Tribunal Colegiado en Materia Penal del Primer Circuito, de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (México), aprobó una resolución elaborada con perspectiva de género, gracias a la cual Ana Karen (una joven, miembro de Mujeres en Espiral, condenada por el asesinato de su hija a manos de su expareja) fue puesta en libertad.

¹⁰ Además, en México, y de manera extendida en toda la región latinoamericana, el color y la clase en la cárcel son elementos centrales de análisis. Las prisiones están llenas de personas morenas —racializadas— y generalmente pobres. El trabajo a lo largo de todos estos años nos ha llevado a entender cómo el género y la raza (unidas a otras variables como el nivel socioeconómico, las disidencias sexuales o las discapacidades) configuran, en su intersección, un sistema de poder —patriarcal, colonial, capacitista— que produce cuerpos listos para ser desechados o depositados en estos lugares de encierro. Para un análisis más profundo de estas cuestiones véase: Segato 2013: 245-266 y Lozano 2025: 101-122.

Figura 1. “Mural Fuerza, Tiempo y esperanza”. Santa Martha Acatitla.



Además del interés por mejorar las condiciones de vida de las personas encarceladas, el proyecto buscó realizar un análisis crítico de un sistema penal y de justicia profundamente injusto y sesgado donde la perspectiva de género sigue, todavía hoy, sin estar presente de manera mayoritaria en los procesos. Con el paso de los años, nos dimos cuenta de que, a su vez, estaba siendo una experiencia capital para pensar en las condiciones y los sentidos del trabajo académico. Es en este sentido en el que afirmamos que el patio penitenciario ha sido un lugar fundamental para pensar por qué hacemos lo que hacemos y, sobre todo, qué otras cosas podríamos hacer en nuestras universidades; cómo podríamos *deshacer* esa trama de trabajos burocráticos, meritocráticos, tan alejados de las urgencias de nuestros contextos y nuestro tiempo.

Siguiendo las reflexiones de Ileana Diéguez,¹¹ trabajar en lugares donde la justicia está claramente ausente y convivir con personas supervivientes de este sistema atroz y de estos tiempos indolentes, nos ha llevado a cuestionarnos, de manera recurrente, qué es trabajar en un contexto como el nuestro, donde la única investigación impostergable es la búsqueda de vidas: “A lo largo de estos años me he obsesionado con la pregunta qué es escribir y qué buscamos los que decimos que investigamos en un país donde buscar cuerpos y vidas se ha convertido en la acción fundamental de miles de familias” (Diéguez 2021: 14).

¹¹ Su trabajo se ubica en el contexto de acompañamiento a madres buscadoras de personas desaparecidas en el territorio mexicano.

Creo advertir que la respuesta, después de muchos años aprendiendo/desaprendiendo en estos lugares de violencia extrema y de precarización de las vidas, está en el propio término “deshacer”: un concepto ampliamente trabajado con las compañeras del proyecto Mujeres en Espiral.

Por un lado, deshacer —lo aprendimos muy bien con figuras mitológicas femeninas como Penélope— es una cuestión de tiempo: un acto de supervivencia.¹² Por otro lado, la misma idea del deshacer nos ha llevado a preguntarnos cómo opera el sistema penal en México: un ejercicio basado justamente en “hacer cárcel”, algo totalmente relacionado con el tiempo, con el *uso correcto*, punitivo, del tiempo del encierro (Belausteguigoitia 2013: 13).

Y es que, en Santa Marta Acatitla, como en cualquier otra penitenciaría de nuestro contexto, *hacer cárcel* es recordar, sin pausa, que el tiempo juega en contra de las personas encarceladas. Que el tiempo ya no es suyo. Y para ello, además de toda una serie de tecnologías también burocráticas y tediosas —entre las cuales el pase permanente de lista, el “recuento”, es quizá la más clara—, resulta fundamental acabar con cualquier posibilidad de lo común: de un tiempo compartido. A través de las reglas y la vigilancia continua, la cárcel busca aislar rápido a la persona presa: que esté sola, que circule sola, que no se relacione con nadie, que sospeche de todos. En la cárcel el sistema busca anular todo vínculo para que esta maquinaria puesta en marcha “ruede sin conflicto”, algo similar a lo que propone Remedios Zafra (2017: 52) al describir el funcionamiento perverso del sistema académico, cultural y creativo. Recurrir, una vez más, a las palabras de Zafra —esta vez contenidas en su conocida y premiada obra *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*— no es causa de una lectura fortuita, ni de un encuentro azaroso. Sin pretender salvar las enormes distancias, y sobre todo tratando de no banalizar asuntos esenciales para las vidas más precarizadas, podríamos sostener que hay algunos puntos de conexión entre los procesos de aislamiento que sostienen el funcionamiento del sistema carcelario y los modos de operación de la actual estructura global universitaria.

Hacer, hoy, una *carrera académica* es publicar mucho, a un buen ritmo; es conseguir los estímulos, las promociones, los premios. Hacer hoy carrera académica pasa por utilizar muchas horas preparando documentación, carpetas, reportes, comprobantes, constancias, autoevaluaciones. Además, *hacer academia* en el entorno de alta especialización que orienta la investigación actual, es dejar de lado las cosas que no ayudan en esa carrera. Supone abandonar las actividades que, como ocurre al *hacer cárcel*, suelen estar relacionadas con el trabajo con las otras y con los otros: dar menos clases, tener menos tutorías, hacer menos dictámenes; en definitiva, conversar, escuchar y leer

¹² Penélope, esposa de Ulises, protagonista de la Odisea, desarrolla una estrategia de espera para enfrentar y contener el ansia codiciosa de los interesados en casarse con ella. A causa de la larga marcha de Ulises (quien desde su participación en la guerra de Troya deja Ítaca sin gobernante durante veinte años) varios son los pretendientes que, apelando a la probable muerte del héroe, se asientan en el palacio reclamando la mano de la supuesta reina viuda y, con ello, la titularidad del reino y sus riquezas. Haciendo uso de una astuta “artimaña”, Penélope —a la que, como al resto de mujeres de la Grecia antigua, “no le pertenecía la palabra” (Mariño 2021: 53)— comunica que decidirá su futuro matrimonio cuando termine de tejer el sudario de su suegro Laertes (anterior rey de Ítaca). Pero lo que Penélope teje por la mañana, lo desteje por la noche, de manera que, deshaciendo la trama y la urdimbre, controla el tiempo y su propio destino.

menos a las demás¹³. *Hacer academia*, hoy, pasa por la individualización del trabajo intelectual y por su descorporización, con esa falsa escisión entre trabajos “de la imaginación” y el trabajo de los “cuerpos/de la carne” (Zafra 2017): como si el nuestro, no fuera un trabajo de cuerpo y carne, de carne y hueso. Como si el nuestro no fuese un trabajo encarnado y, en ocasiones, descarnado. Además, hacer carrera académica, *hacer academia*, pasa —y en esto no somos diferentes de cualquier otro cuerpo trabajador— por encontrarnos muchas veces en aprietos cuando tratamos de empatar nuestra actividad universitaria con todo el trabajo reproductivo “no-pago”, como dicen las colegas sociólogas y economistas feministas, con el que lidiamos las que además cuidamos a otras personas, las que nos encargamos de tareas domésticas, las que, en fin, participamos en labores de eso que llamamos *sostenimiento de la vida*. Y claro que estamos cansadas y claro que a veces también enojadas por esa sensación de no llegar a todo o no llegar a casi nada. Cansadas de no tener tiempo, de no saber lo que es vivir “en tiempos despejados” en los que intuimos, como Zafra, que se daría un tipo de vida más cuidadosa con las personas y con el planeta; un uso del tiempo que facilitara “llevar a la práctica políticas de igualdad y conciliación” (2024: 176): “Quizá (es solo una tentativa) una transformación desde abajo solo parece posible desde la reconfiguración de lazos de solidaridad y apoyo entre quienes se reconocen como iguales, entre quienes descubren la perversión de anular sus vínculos para que el sistema ruede sin conflicto” (Zafra 2017: 52).

1.2. Deshacer para recuperar el tiempo

Pero ¿qué pasa cuando en un contexto como la cárcel deshaces eso que sujeta al sistema? Si *hacer cárcel* es acabar con toda posibilidad de lo común, tal y como ha apuntado Marisa Belausteguigoitia (2013), directora del proyecto; si *hacer cárcel* es acabar con todo vínculo, con toda compañía, con la posibilidad de recuperar tu tiempo con otras; *deshacer* la cárcel será, necesariamente, restituir todas esas redes y, además, hacerlo juntas. Es dejar de engrasar las ruedas de ese sistema tan atroz, tan voraz.

Podríamos entonces pensar que el “deshacer” es, quizá, una operación metodológica que, efectivamente, impacta en los modos de pensar/investigar en la academia y en sus propios tiempos. Una forma de hacer, un método, que viene de otro lugar aparentemente lejano: que surge en las calles, en los espacios autónomos organizados, en esa lucha autogestiva (feminista en muchos casos) que nos enseñó el camino del “DIY” (*Do it yourself/ Hazlo tú misma*) y, sobre todo, el “DIWO” (*Do it with others/ Hazlo con otras*); y que a su vez nos llevó a pensar, en el contexto del encierro, en las posibilidades del “UNDIWO”: *Undo it with others*, deshazlo con otras.

Para tratar de aclarar estas ideas, y compartir de manera más concreta la lógica del deshacer en la cárcel y la metodología del UNDIWO, propongo describir dos momentos del proyecto. El primero está relacionado con las intervenciones iniciales en el interior del penal a través de la pintura de enormes

¹³ En la última década este ha sido un tema debatido, de manera contundente, por algunas académicas especialmente en el ámbito universitario estadounidense. Véase, por ejemplo, el artículo “The h-Index Is a Lie: A Bibliography of Truth” escrito por Chanda Prescod-Weinstein y publicado en 2015 en: <https://medium.com/@chanda/the-h-index-is-a-lie-a-bibliography-of-truth-ba5a3c1f31f3> [fecha de consulta: 14 de junio de 2025].

murales que, desde el año 2008, colorean las paredes de los dos patios de visitas. Estos fueron realizados por el grupo de presas que entonces formaban parte de Mujeres en Espiral, asistidas por la guía, la experiencia y el conocimiento de dos reconocidos muralistas: Gustavo Chávez Pavón (Guchepe) y Polo Castellanos. En ambos casos, y a pesar de que los murales querían acoger las historias, los deseos y los reclamos de todas las participantes, una máxima guio el proceso: sería un trabajo en grupo. En este sentido, pronto se advirtió que no importaba si la compañera de la derecha te había jugado una mala pasada en el comedor, o en la enfermería; había que pedirle ayuda para que, al montar el andamio, no se te cayera uno de los hierros en la cabeza. Tampoco importaba si la de la izquierda te había mirado feo en las regaderas, o si sospechabas que había tenido algo que ver con tu subida al apando;¹⁴ ahora la necesitabas para alcanzar el bote de pintura que utilizarías para empezar a pintar tu historia. Además, había que ponerse de acuerdo sobre los relatos que acogerían los muros: el contenido, su emplazamiento, la escala, el uso cromático, las texturas. Las largas jornadas de trabajo entre brochas, bocetos, colores, servían para que las participantes explicaran cómo el juez se había burlado de ellas en la última audiencia, o cómo las habían tratado los custodios al entrar en prisión. También contaban cómo se sentían por no ver a sus hijos o a sus parejas, por estar lejos de sus mamás y de sus amigas. Este uso de la narración en un tiempo colectivo hacía que, pronto, las historias, además de compartidas, empezaran a ser comunes.

El segundo de los momentos se sitúa unos años después, en 2014. Las mujeres encarceladas habían expresado la voluntad de sacar sus historias más allá de las paredes del encierro. Querían cambiar la pintura mural por otro formato que pudiera circular ampliamente. Así, comenzamos la producción del primer número del fanzine *Lee/latú*. Acompañadas y guiadas por la artista Gelen Alcántara, aprendimos cómo producir una publicación autogestionada donde explicar, en primera persona, las condiciones de vida en prisión.

Al final del semestre, el fanzine fue presentado en diferentes ferias y exposiciones. Cuando estábamos terminando el contenido y comenzamos a hacer cálculos de costes de producción, tiempo en imprenta y fechas de entrega, las de afuera —investigadoras, estudiantes, artistas— tratamos de contar las horas que necesitaríamos para engrapar los 1000 ejemplares del tiraje. Con esta actividad por delante y abrumadas por las todas las tareas que siempre llenan el fin del ciclo escolar, aparecieron preguntas inesperadas que no sabíamos cómo contestar: ¿cuánto tardaré en engrapar 1000 fanzines?, ¿cuánto tiempo voy a pausar la escritura del artículo en marcha? ¿Serán horas o serán días de pausa en los libros que estoy leyendo? ¿Cuántos fanzines puedo engrapar yo, que tengo un grupo por calificar, y cuantos tú que tienes seis materias para las que presentar examen o trabajo final?

La experiencia del encierro, como también la de la búsqueda, según nos recuerda Diéguez, produce un tipo de saber que “requiere ir más allá de ciertos conocimientos” (2021: 11); que requiere además de otro tiempo. No es el tiempo de los cubículos, de los *abstracts*, de las comunicaciones y entregas de artículos científicos, “Es un saber corporal y liminal, sostenido en experiencias de encuentros” (2021: 11).

¹⁴ Nombre que recibe la celda de castigo en el contexto carcelario mexicano.

Y es justo en estos encuentros que deshacen los principios de aislamiento del sistema penal (y se proyectan como reflejos luminosos en nuestro contexto académico) donde entendemos lo que pasa cuando paramos e interrumpimos las lógicas del tiempo. Y es entonces cuando, entre otras cosas, aparece un grupo, aparecen las condiciones para trabajar juntas: aparece un grupo de mujeres que, en nuestro caso, nos reuníamos, con muchas ganas, cada lunes, en esa palapa y pasaba que, entonces, en este contexto de máxima escasez y precarización de las vidas, conversábamos y veíamos cómo se tejían redes de solidaridad, de afectos, de amistad. Y se generaban productos¹⁵ extrañamente académicos y también extrañamente caneros¹⁶. Unas redes que conforme se tejían, deshacían la rigidez del tiempo carcelario, la pesadez del tiempo de condena; a la vez que impactaban en la celeridad del tiempo universitario y revertían la zozobra de la burocracia académica. Como con el sudario de Laertes (elemento clave en *La Odisea* de Homero), por un rato todo quedaba en suspenso, se deshacía, y volvía a empezar la vida: la esperanza de llegar/ de salir con vida.

En este proceso también pronto empezamos a darnos cuenta de que este *deshacer* apuntaba a la recuperación del goce y el deseo: otros dos elementos que el sistema penal, y también cada vez más el académico, cercena sin piedad. En agosto de 2018 el proyecto estaba, como en muchas otras ocasiones, sin recursos económicos. Empezamos, como cada semestre, preguntándonos qué queríamos hacer. En una de esas sesiones, al llegar a la palapa, nos dimos cuenta de que algunos trabajadores estaban cercando con una pequeña valla el mural “Fuerza, tiempo y esperanza”¹⁷ que iluminaba la escalera de caracol junto a la que nos sentábamos.

Llevábamos algunas semanas, quizá meses, pidiendo a la dirección del penal que tuviera cuidado con la limpieza del patio, ya que la presión de las mangueras estaba descarapelando las partes más bajas de la pintura. Esto nos hizo pensar, en un primer momento, que quizá esta nueva cerca tenía que ver con que, por fin, la institución se hacía cargo de la conservación del patrimonio canero. En seguida, esta ilusión de preservación fue desmentida. En primer lugar, porque estos pequeños barrotes podían funcionar para interrumpir el paso, pero en ningún caso evitarían el impacto del flujo del agua a presión. Por otro lado, pronto las compañeras presas nos contaron que el motivo de esta intervención era evitar que ese espacio medio escondido, ese lugar colorido y más limpio que otros, dejara de ser utilizado como el subterfugio de algunas parejas de mujeres que utilizaban los recovecos de la espiral, y de sus tiempos, para compartir caricias, besos, palabras secretas.

Este hecho nos llevó no solo a pensar en el poco interés que la institución penal tiene por conservar — como una acción que podría contrapesar sus fines prohibitivos— sino, sobre todo, nos hizo advertir la capacidad que estos cuerpos encerrados tienen para no perder algo como el deseo y la búsqueda de momentos de goce con otras, aún a pesar de vivir en condiciones tan precarias. Este fue entonces el punto de arranque para comenzar un semestre en el que decidimos investigar qué tipo de operación

¹⁵ Para más información sobre el proyecto y los productos derivados véase la página web: <https://www.artejusticiaygenero.com/historia>

¹⁶ En México canero es el adjetivo que se utiliza, en el habla coloquial, para referirse a lo relativo a la “cana”, la cárcel.

¹⁷ Se trata del mismo mural pintado con los relojes de arena a los que me referí anteriormente.

se da en un espacio como la cárcel para que, pese a todo, las presas —algunas de ellas— sigan manteniendo el deseo y no cesen en la búsqueda de espacios y tiempos para el placer, deshaciendo, como Penélope, la trama avanzada.

En el caso de la academia este deshacer es claramente distinto, probablemente incomparable. Pero, como explicaba al comienzo, creo que el trabajo *con otras* nos da pistas valiosas para repensar nuestros pactos con el tiempo y, sobre todo, para entender la posibilidad de no renunciar, tampoco *nosotras*, al gozo y al deseo, que son dos movimientos afectivos también difíciles de sostener en una estructura como la nuestra: porque no tenemos tiempo, porque cada vez tenemos menos compañía. En uno de los ensayos recogidos en su conocida obra *Hermana Otra*, la poeta afroestadounidense Audre Lorde explicaba que el gozo es el resultado de una actividad significativa, compartida con más personas; un sentimiento que ella relacionaba con lo erótico, entendido como una capacidad política y creativa, específica de las mujeres.

compartir un gozo, ya sea físico, emocional, psíquico o intelectual, crea un lazo que consolida la base del entendimiento acerca de aquello que no tenemos en común, lo cual hace que nuestras diferencias resulten menos amenazadoras [...] Una vez que empezamos a sentirlo en todos los aspectos de nuestra vida, es imposible no exigir de nosotras mismas y de nuestros empeños vitales, ese gozo del que nos sabemos capaces (Lorde 2022: 58).

Si el gozo es algo que, como dice Lorde, surge en el contexto de cualquier actividad significativa; cómo podríamos no exigir que esta operación ocurriera en estos trabajos en los que pasamos la mayor parte de nuestras vidas; una ocupación que, además, nos sitúa en una posición muy privilegiada con respecto a tantas otras trabajadoras. También ahí, en la base de nuestra prerrogativa como profesoras e investigadoras de universidades públicas como la UNAM, y tomando como referencia la resistencia de compañeras como las mujeres presas, o las madres buscadoras, tenemos la obligación de seguir reivindicando el gozo y el placer en nuestras vidas. Buscarlo incansablemente, no perderlo, ponerlo por delante de cualquier otra cosa es, también, una forma de resistencia extraordinaria; un modo de “no sucumbir”.

2. Mujeres buscadoras

¿Es válido contar su historia en mis propios términos? [...] ¿Disertar sobre mi falta de tiempo para escribir, frente a la mujer a quien se le acaba el tiempo para buscar a su hija desaparecida? (Rea 2022: 88).

La búsqueda de personas desaparecidas en el territorio mexicano también avanza en contra del tiempo: el que se pausa, según requerimiento policial, por si la persona buscada regresara en las siguientes horas; el tiempo de denuncia ante el Ministerio Público; el tiempo de esperar de noticias, de alguna pista, de una llamada; el tiempo de ponerse en marcha: el tiempo de darse cuenta de que hay que buscar por una misma; el tiempo de unirse a las búsquedas colectivas: el tiempo de buscar y

encontrar con otras. También es el tiempo que dejan de tener las buscadoras para ocuparse de otras cosas: sus trabajos, otros hijos, sus cuerpos.

Hace unas semanas conocí a Daniela González: una madre buscadora de la Ciudad de México. Su hijo fue desaparecido dos años atrás, en el Ajusco. Ella es parte de “Una luz en el Camino”: una de las colectivas más activas de la ciudad, formada por personas —la mayoría mujeres, muchas de ellas mamás— que buscan a sus desaparecidos: sus tesoros.

El encuentro ocurrió en el marco de una actividad académica organizada desde la UAM Cuajimalpa:¹⁸ otra de las universidades públicas del país. En su participación en el foro que nos convocaba, Daniela explicó que lanzarse a buscar, cuando eres víctima de una desaparición, es también una cuestión de tiempo. Ante la omisión de este Estado criminal que no cuida —ese Estado “sin entrañas” como dice Cristina Rivera Garza (2011)—, salir a buscar por tu propio pie, con tus propios medios es, en muchos casos, solo cuestión de tiempo. Es el tiempo que tardan las familias y amigos de los desaparecidos en darse cuenta de que ésta es la única opción de encontrar vidas y de atajar las pérdidas. También es solo cuestión de tiempo que, como explicaba Jacqueline Palmero¹⁹ en este mismo conversatorio, las buscadoras reconozcan la importancia de no ir solas. Buscar es cosa de muchas; buscar es, como la pintura en la cárcel, una actividad colectiva²⁰.

La formación de los colectivos de buscadoras²¹ ha resultado capital. Como bien explica Ileana Diéguez, ante la falta de respuesta de las autoridades y ante la inexistente procuración de justicia, las búsquedas están siendo realizadas por los colectivos de familiares que, organizados en Brigadas Nacionales y Regionales de Búsqueda, emprenden la ominosa labor de buscar pistas, restos y huellas, utilizando sus recursos y haciendo valer sus propios medios; algo que, por otro lado, los ha ido convirtiendo en “expertos en la búsqueda” (Diéguez 2021: 42).

Y en el desarrollo de esta habilidad, el uso y la conceptualización del tiempo adquiere un lugar protagonista. No solo porque las primeras horas tras la desaparición de una persona resulten cruciales para la búsqueda, sino porque también la experiencia de la desaparición, la vida tras una desaparición suele ser larga, suele estar marcada “por una larga temporalidad” (Diéguez 2021: 41). Las vidas de las que buscan entran en una dimensión temporal paradójica: apremiada por la urgencia de encontrar, pero a la vez sostenida por el empeño y la insistencia de quienes se saben

¹⁸ “Hablar en lenguas. Lenguaje y Violencia”, encuentro organizado por Ileana Diéguez. Las actividades tuvieron lugar en el recinto de la UAM-Cuajimalpa, en la Ciudad de México, el 21 y 22 de abril de 2025.

¹⁹ Jacqueline también es integrante de la colectiva “Una luz en el camino”. Ella fue, además, su fundadora tras la desaparición de su hija Montserrat en el 2020.

²⁰ Anotaciones propias durante el encuentro “Hablar en lenguas”, 21 de abril de 2025; UAM-Cuajimalpa, Ciudad de México.

²¹ Aunque resulta importante reconocer que los colectivos de personas buscadoras están constituidos también por hombres, en este texto utilizaré siempre el femenino para referirme a las personas que buscan a desaparecidos. Esta decisión responde a dos cuestiones: la primera tiene que ver con que, efectivamente, los colectivos de búsqueda están mayoritariamente conformados por mujeres. La segunda responde a la voluntad de marcar, también desde el género gramatical, la historia de las búsquedas sostenidas en América Latina por las mujeres; particularmente las madres. Para un análisis detallado del impacto de género de las desapariciones, véase: Diéguez 2021; Iliná 2020; Maier 1990; Maraña 2024.

en el largo camino de apostar por la vida; la vida de los miles de desaparecidos y las vidas de las mismas personas buscadoras.

Las personas que buscan [...] viven al filo de la urgencia, en otra dimensión del tiempo que les ha impuesto la pérdida; en una especie de umbral, de instancia liminal en la que han aprendido a esperar y a hablar con lo invisible. Ese tiempo suspendido que impone la desaparición acelera el tiempo de quienes buscan, abriendo otra dimensión a la vida, una dimensión liminal al margen de toda posible “normalidad” (Diéguez 2021: 48).

2.1. Las *desquehaceradas*. Echarse al vacío para remediar la falta

Este tiempo suspendido, como lo llama Diéguez, es además un tiempo inagotable. Las buscadoras resignifican sus quehaceres cotidianos para hacer frente a este contexto de violencia extrema. Con ello han desarrollado nuevas formas de participación política en toda la región: lo que comienza siendo una búsqueda individual deriva, gracias a este proceso de formación colectiva, en una politización en común, compartida, donde las mujeres buscadoras se convierten en defensoras de los derechos humanos y en agentes protagonistas en procesos de construcción de paz (Iliná 2020; Maraña 2024).

Pero como ocurre cada vez que las mujeres escapan de los roles asignados históricamente por su condición de género, y como pasa también cada vez que un grupo de personas organizadas desafían las estructuras institucionales y condenan sus omisiones ante el respeto y cuidado de la vida, las mujeres buscadoras son, frecuentemente, estigmatizadas, discriminadas y, en los casos más dramáticos, también violentadas. En el conversatorio referido, Daniela explicaba que no se trata solo de que el Estado, sus instituciones o incluso una parte de la sociedad no reconozcan la labor que realizan, sino que, también, son acusadas de “desquehaceradas”. Además de sufrir la angustia por la desaparición de un ser querido, lanzarse a su búsqueda implica que una parte importante de las instituciones (a las que sin duda molestan) y de la sociedad (en la que también sin duda ha calado la indolencia del Estado omiso) las califique como locas, como excéntricas. A pesar de ser una palabra no recogida en los diccionarios, el término dice mucho; lo dice todo. La *desquehacerada* es aquella que no tiene qué hacer: es una persona ociosa, vacante, sin oficio, vaga, sin tarea. Además, en México, llamamos *quehacer* al trabajo doméstico: hacer el *quehacer* es lavar, planchar, barrer, trapear, sacudir. Es el “hacer” para tener la casa lista, a punto normalmente para otros.

Las *desquehaceradas* son, entonces, estas mujeres acusadas de abandonar el cuidado de su casa, de no atender a sus otros hijos, o a sus parejas; son acusadas de *perder* el tiempo para lanzarse a una tarea *vacía* que, paradójicamente, es la única vía para *llenar* los huecos que produce la desaparición, la *pérdida*, de un ser querido. El lenguaje, como en tantos otros casos ligados a violaciones de derechos humanos, es perverso. No da para acoger tanto dolor; sí para causar aún más daño. “Las palabras no designan, encubren”, dice Silvia Rivera Cusicanqui; especialmente cuando entendemos que la lengua es herencia colonial y patriarcal (Diéguez 2021: 29).

Pero también es cierto que cuando la lucha y el reclamo de justicia proviene, como vimos en el caso del proyecto Mujeres en Espiral, de propuestas feministas —antipatriarcales y en muchos casos también

anticoloniales— aparece un tipo de lenguaje alternativo: un modo de narrar y visibilizar la realidad de las personas buscadoras y de comunicar el horror de la desaparición; un terrero distinto para acoger la falta. En el caso mexicano encontramos ejemplos muy destacados en el trabajo sostenido y promovido por colectivos de periodistas independientes, como la Red de Periodistas de a Pie²² o el proyecto *A dónde van los desaparecidos*.²³ También las prácticas artísticas, especialmente aquellas generadas desde el trabajo colectivo, han tenido un papel fundamental. Este es el caso del *Recetario para la Memoria*: un proyecto de la fotógrafa Zahara Gómez, en colaboración con Las Rastreadoras del Fuerte, un grupo de buscadoras formado en Sinaloa, en el 2014.

Ante la falta de imagen que produce la desaparición, las autoras de este proyecto colectivo decidieron abordar el fenómeno de la ausencia mediante una operación metonímica. El vacío producido por la ausencia de los familiares de aquellas buscadoras que participaron en el proyecto fue nombrado a través de sus platos de comida favoritos. De este modo, los ingredientes, el tiempo de cocción y espera, las cantidades, se convierten en el tropo para designar a los que no llegaron a la mesa, pero también son instrucciones que aluden a la supervivencia y la perseverancia de las personas que los buscan y los esperan.

Figura 2. *Recetario para la memoria*. Zahara Gómez y las Rastreadoras del Fuerte.



²² <https://periodistasdeapie.org.mx/quienes-somos/>

²³ <https://adondevanlosdesaparecidos.org/nosotros/>

La preparación de alimentos y en general el trabajo doméstico en la cocina ha sido una de las tareas tradicionalmente asociadas al género femenino. Desde los años sesenta, muchas artistas feministas produjeron trabajos críticos centrados en la cocina y en la misma producción de alimentos²⁴. Resulta interesante analizar cómo más de medio siglo después, y en un contexto de violencia extrema, las mujeres —muchas de ellas madres— asistidas por la cámara y el acompañamiento de Zahara Gómez, deciden mostrar sus manos, sus delantales y sus cocinas para compartir una acción tan íntima y cotidiana. El *Recetario* es un modo diferente de dimensionar la ausencia, una receta para alimentar la espera. Y es también un modo de desordenar el tiempo. Cocinar para nuestros desaparecidos es una acción que invoca la ausencia y trae de vuelta, reincorpora, el tiempo compartido entre platos. Traer la ausencia a la mesa es, como la misma acción de la búsqueda, impedir que la desaparición se quede en el pasado; es remediar y recordar, con un acto cotidiano y amoroso, que cualquier caso de desaparición forzada es *siempre presente*.

Además, como ocurría en el caso de la pintura de murales, la realización de fanzines o la grabación de cortometrajes en Santa Martha Acatitla, ocupar el tiempo de la espera, de la búsqueda, de la condena, del activismo, con actividades imprevistas (pintar en el encierro, cocinar en la búsqueda) produce un desvío en el régimen de (in)visibilidad, impuesto por las desapariciones y los encarcelamientos de tantas personas. Imaginar desde la producción colectiva es también un modo de responder a esa urgencia de testimoniar para salvaguardar del olvido (Diéguez 2021: 13). Imaginar es también una actividad colectiva, primordial para entender el quehacer de las *desquehaceradas*.

Las mujeres como Yolanda, Mirna Nereyda, Esther, así como el resto de Las Rastreadoras, son las protagonistas de una tarea que se ha convertido en la ocupación principal de miles de familias en la república mexicana. Buscar desaparecidos ha producido formaciones político-afectivas que (retomando las ideas del antropólogo cultural Victor Turner) Ileana Diéguez denomina “communitas” (2021: 48-49): colectividades organizadas impulsadas por una voluntad común, una necesidad compartida que pone en suspenso el hacer cotidiano para preguntarse qué hacer en este escenario de horror social. La *desquehacerada* es, como en el caso de la cárcel, aquella mujer que unida a otras muchas más (también a otros), deshace las tareas que este sistema patriarcal le adjudica. Las *desquehaceradas* son quienes actúan la falta, quienes buscan los cuerpos en falta, quienes encaran y encarnan la “performatividad de la búsqueda” (Diéguez 2021: 17).

3. Conclusiones

Llevo mucho tiempo tratando de terminar este artículo. Lo leo y lo releo. No acaba. Dice María Rosón que escribir es siempre tomar un riesgo y dejarse acompañar de una pregunta sin respuesta (Rosón 2025: 9). Pero me parece que, en este caso, la dificultad de terminar tiene que ver con que la respuesta, que sí la hay, estaba desde antes. Claro que tener una contestación antes de abrir un

²⁴ Uno de los casos más conocidos es *Semiotics of the Kitchen* (1975) de la artista estadounidense Martha Rosler.

signo de interrogación es, a todas luces, una excentricidad. Pero a veces, el tiempo de las preguntas puede invertir su orden cuando, como decía al comienzo, logramos salirnos de nosotras mismas, para aprender de otras.

A lo largo de estos años hemos visto cómo la experiencia del encierro y de la búsqueda producen un tipo de saber *que requiere de otro tiempo*. Como dijimos al comienzo, es un tiempo muy distinto al de las investigaciones académicas y sus *deadlines*. En la búsqueda, también en el encierro, la línea y la muerte tienen otro sentido. Los modos de hacer que se producen en estos escenarios conducen a saberes que se adquieren en el mismo proceso, que se cultivan. Es un tipo de conocimiento más cercano a la tierra: al conocimiento a ras de suelo, ese que establece vínculos con el territorio,²⁵ ese que al germinar reúne dolores, pero también -quizá, sobre todo- posibilita la conformación de comunidades de vida.

Es un tipo de saber sostenido en los encuentros con otras y las derivaciones temporales que provocan. En el caso de las buscadoras la deriva las lleva, en muchas ocasiones, a que la tarea —la respuesta a su *qué hacer*— no acabe al encontrar sus tesoros. Gracias a la misma conformación comunitaria de la acción, la búsqueda acaba siendo por todas y todos los desaparecidos. Con ello señalan la responsabilidad política del Estado y sus instituciones, a la vez que evidencian la naturaleza social del fenómeno. Por su lado, sobrevivir en la cárcel y empeñarse en no perder el deseo, en reivindicar el placer de hacer cosas con otras, también es un modo de luchar contra el peso del tiempo. Un modo de ocuparlo de forma inesperada.

Trabajar en colectivo para cuidar la vida, para recuperarla, para encontrarla, para sacarla del encierro, requiere de un tiempo que no es, en absoluto, el tiempo del capital; tampoco es el tiempo de la academia.

Es una dimensión que, como explica Mariana Mora²⁶, parte de la idea de que el cuerpo en relación con otros cuerpos requiere de otros tiempos. Es una perspectiva que pone el énfasis en los cuidados: una temporalidad que escapa del análisis pragmático de las capacidades de producir para detenerse, en cambio, en esos otros tiempos de vida, del sostenimiento colectivo de la vida. Por eso, en realidad, la respuesta está desde antes. La repuesta al *qué hacer* (también desde la academia) viene de las lecciones aprendidas desde el *des/que/hacer* de estas mujeres. La respuesta mira el tiempo de frente e insiste en la importancia de aprender del tipo de saberes generados cuando lo que está en juego es la vida.

²⁵ En conversación con Ileana Diéguez, Mario Vergara explica que la tierra se convierte en un aliado de las personas buscadoras (2021: 63).

²⁶ Intervención de Mariana Mora en la Mesa “Feminismos Lentos”, celebrada en San Francisco, el 23 de mayo de 2025, en el contexto de LASA2025: “Poner el cuerpo en Latinx América”.

Bibliografía

- Belausteguigoitia, Marisa, and Corina Giacomello. 2022. "Introducción." En: *Mujeres Privadas de Libertad: perspectiva de género, prácticas artísticas, jurídicas y pedagogías en resistencia*, editado por Marisa Belausteguigoitia y Corina Giacomello. Ciudad de México: INMUJERES.
- Belausteguigoitia, Marisa. 2013. *Pintar los muros. Deshacer la cárcel*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM.
- Blázquez, Norma, Flores, F. y M. Ríos (coords.). 2010. *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Csaki, Steve. 2016. "Coming around again: Cyclical and circular aspects of native American thought". En: *Native leadership: Past, present, and future: Proceedings of the eleventh Native American Symposium* (11th Symposium), editado por M. B. Spencer, Oklahoma: Southeastern Oklahoma State University.
- Diéguez Caballero, Ileana. 2021. *Cuerpos liminares. La performatividad de la búsqueda*. Rosario: Ediciones DocumentA/Escénicas.
- Falconí Abad, María. 2022. "La epistemología feminista: una forma alternativa de generación de conocimiento y práctica". *Contribuciones desde Coatepec* 37. Disponible en: <https://www.redalyc.org/journal/281/28171647006/html/>
- Iliná, Nadejda. 2020. "¡Tu madre está en la lucha!". La dimensión de género en la búsqueda de desaparecidos en Nuevo León, México". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 67: 119-136. DOI: 10.17141/iconos.67.2020.4172
- Lorde, Audre. 2022. *Hermana otra. Sister outsider*. Madrid: Horas y horas.
- Lozano, Rían. 2025. "Imagining the Scraps of History: Two Projects by the Art Collective O.R.G.I.A." En: *Marginality and 'Resistencia'. Narratives of Alterity, Dissent, and Belonging in the Spanish-speaking World and Beyond*, editado por Miguel Rivas Venegas y Martina L. Weisz. Berlín: De Gruyter Brill.
- Maier, Elisabeth. 1990. "La madre como sujeto político". *Estudios Latinoamericanos* 5: 69-75.
- Maraña, Maider. 2024. "Conversaciones con mujeres buscadoras. La lucha contra las desapariciones forzadas y la construcción de paz". Institut Català Internacional per la Pau (ICIP). Disponible en: <https://www.icip.cat/wp-content/uploads/2024/12/InformelCIP-23-2024.pdf>
- Mariño Calvo, María Vanesa. 2021. "Penélope. La tejedora de artimañas". *Femeris* 6 (3): 53-64. DOI: 10.20318/femeris.2021.6403
- Rea, Daniela. 2022. *Fruto*. Ciudad de México: Ediciones Antilope.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. 2018. *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rivera Garza, Cristina. 2011. *Dolerse. Textos desde un país herido*. Ciudad de México: Sur+ediciones.
- Rosón, María (coord.) 2025. *Memoria y deseo*. Madrid: Vizca editorial.
- Segato, Rita. 2013. *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- Valencia, Guadalupe. 2002. "Pensar el Tiempo desde las Ciencias Sociales". *Cuadernos de Trabajo del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales-Universidad Veracruzana* 12: 1-29.
- Zafra, Remedios. 2017. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona: Anagrama.
- _____. 2024. *El informe. Trabajo intelectual y tristeza burocrática*. Barcelona: Anagrama.

